

UN DETALLE MENOR

Escribir te salva, pero ¿y qué pasa con los demás?

Ximena Santaolalla

Escritora

Un detalle menor es la tercera novela de la autora palestina Adanía Shibli, escrita originalmente en árabe en 2017 y traducida a más de una docena de lenguas (incluyendo al español por Salvador Peña en 2019). La historia se divide en dos partes. Comienza con el relato en tercera persona, en torno a las violaciones repetidas y el asesinato de una adolescente beduina palestina en 1949. Las violaciones son perpetradas por varios miembros de un pelotón israelí ubicado en el desierto del Néguev; el asesinato lo ejecuta el comandante del pelotón, un hombre joven sin nombre obsesionado con encontrar y expulsar o exterminar a los árabes “infiltrados” en el Néguev, y hacer que esas tierras “yermas” se convirtieran en un área “florecente y civilizada”.

Este hombre tiene una picadura de insecto que le provoca dolores y que se infecta cada día un poco más; la herida despidе un olor desagradable, pero el comandante se lo atribuye a la muchacha beduina que secuestró en el desierto y cuyas palabras incomprensibles (por ser árabes) son reducidas a los ladridos de su compañero: un perro.

La segunda parte de la novela es narrada en primera persona por una mujer palestina de Ramala ubicada en la actualidad. La mujer no tiene nombre y se topa con una nota periodística que menciona la violación y homicidio de la adolescente beduina, hecho ocurrido exactamente el día del cumpleaños de la mujer, pero 25 años antes de que esta naciera. Dicha coincidencia la obsiona y la lleva a buscar algún detalle menor que le permita reconstruir la muerte y la horrorosa experiencia de aquella joven.

La prosa en cada parte de la novela es muy distinta. La primera es narrada con total frialdad y tono clínico. Se describen las acciones diarias del

comandante sin emocionalidad alguna: desde la limpieza de su habitación hasta el homicidio de la adolescente, como si se tratase de eventos con la misma importancia. Consideremos que el suceso se sitúa tras la creación del Estado de Israel y la expulsión de 726 mil palestinos, y está basado en un hecho real reportado por el periódico israelí *Haaretz* en octubre de 2003; en este se describe la captura y violación en grupo de una joven beduina por un pelotón de soldados de las FDI en agosto de 1949. En el informe, el comandante declara: “En mi patrulla del 12.8.49 encontré a árabes en el territorio bajo mi mando, uno de ellos armado. Maté al árabe armado en el acto y tomé su arma. Capturé a la joven árabe. Durante la primera noche, los soldados abusaron de ella y al día siguiente consideré adecuado eliminarla del mundo” (la traducción es mía).

En esta primera parte y en medio de tanta violencia y horror, me pregunto por qué Shibli elige narrar cada suceso con el mismo tono desapegado. Describe la forma en que el comandante limpia metódicamente su herida, todos los días, y después describe cómo limpia metódicamente, a manguerazos, a la joven beduina. El tono helado, privado de emociones, prevalece en ambos casos. De igual forma, la noche en que secuestran a la joven, durante la cena de celebración el comandante felicita a sus hombres por el éxito de la misión. Al final, propone que tomen entre todos una decisión acerca de lo que deberían hacer con la prisionera: ¿deberían ponerla a cocinar o deberían “compartirla” entre todos? Finalmente, lo mismo ocurre cuando Shibli describe las rondas infructuosas que realiza el comandante, en comparación con aquella en la que se topa con un grupo de árabes y los asesina a todos; ambas rondas son descritas sin emocionalidad, como si fuesen similares.

Creo que Shibli acierta al elegir la misma narración plana y precisa de sucesos aparentemente irrelevantes (la limpieza de una herida y acomodo de una venda), y de eventos insoportables como el secuestro de una adolescente. Aunque este recurso por momentos exaspera, Shibli logra mostrar el carácter sistemático y banal de la violencia, y a la propia violencia como resultado de un mandato diario, un deber por y en favor de la deshumanización de la población árabe y la creación de un nuevo Estado.

Esta deshumanización se afianza también a través de la diferencia en los idiomas: “De pronto, se abrió la puerta del chamizo, y salió la muchacha; venía llorando y farfullando unas palabras entrecortadas e incomprensibles,

que se confundían con los continuos ladridos del perro. Y en ese momento, después del crepúsculo, muy poco antes de que cayera la noche por completo, en cuanto ella comenzó a articular palabras en un idioma distinto, volvió a ser ajena a ellos, por más que su aspecto se pareciese tanto al de los soldados del campamento”. La joven beduina estaba vestida con un uniforme prestado por uno de los soldados, y estaba rapada; es por ello que se menciona que se parece tanto a ellos; pero habla árabe y ese hecho la separa completamente de los demás. Tanto, que en el texto Shibli describe cómo sus palabras se funden con los ladridos del perro, sugiriendo que sería vista más como un animal que como un ser humano, idea que va de la mano con el argumento tan conocido consistente en negar la existencia de un pueblo palestino. No en balde se acuñó el famoso slogan sionista “Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”, dando a entender que los palestinos no merecían ser considerados humanos, con la consecuente idea de que entonces se podía establecer otro Estado colonizando su tierra y negando sus derechos.

El idioma nos lleva a la segunda parte de la novela. La narradora, que nos habla en primera persona desde un estado emocional muy particular, es una mujer palestina que vive en territorios ocupados y decide emprender un viaje a Israel para recrear el pasado de esa joven beduina asesinada en el desierto. Su curiosidad deriva de que la “verdad” no se encuentra en los grandes hechos históricos que podemos conocer a través de notas periodísticas y libros; aún menos cuando se trata de pueblos o naciones cuya historia les es negada o se intenta borrar (como es el caso). Aquello que sucedió en el desierto, y la manera en que sucedió, sólo puede descubrirse en los detalles más nimios, en los que no se ven, en los que parecen no ser importantes.

La voz de la narradora funciona como una grieta que permite mirar, por momentos y de forma atropellada, hacia lo que significa vivir bajo la ocupación israelí: en un estado de ansiedad crónica, de incertidumbre constante, y a veces, de terror absoluto. Desde el desasosiego ante situaciones básicas como moverse de un lugar a otro, debido a las restricciones que les son impuestas a los palestinos en cuanto al desplazamiento, pasando por la renta de un auto, hasta la angustia de no saber cuánto tiempo tomará cruzar una frontera dentro de lo que antes fue su propio país, y el miedo ante la posibilidad de ser sometida a una revisión violenta y tal vez fatal, o al encarcelamiento.

La narradora expresa abiertamente el peligro de hablar su propio idioma dentro de su país, pues el árabe es la lengua del “enemigo”, de aquellos considerados como “inferiores” por quienes detentan el poder y las armas, y opta por hacerse pasar por extranjera: una turista que visita Israel, lo que me lleva a pensar que solamente siendo “otra”, y no ella misma, se atreve a cruzar esa frontera que divide los territorios ocupados de Israel. En ese sentido, cruza la frontera emocional y psicológica de un miedo incontrolable hacia un miedo que logra manejar.

Durante su aventura, la mujer decide conocer el Museo de Historia del Ejército Israelí en donde la recibe un hombre muy amable y verdaderamente entusiasta por contarle a esa “turista” acerca de los actos heroicos del ejército y de cómo lograron crear el Estado de Israel. Este episodio remite a una experiencia que Shibli cuenta en entrevistas, pues fue arrestada en alguna ocasión por visitar un museo israelí. Seis patrullas la esperaban afuera, ya que para el personal del museo, su idea de una mujer palestina no encajaba con una escritora que cargaba una laptop y se convencieron de que Shibli era en realidad una espía de Irán. Shibli menciona que los policías y soldados hablaban en hebreo porque nunca se imaginaron que ella lo entendía perfectamente, situación que sucede todo el tiempo con los palestinos en Israel.

Conforme la narradora conduce por los caminos y carreteras de Israel, compara su mapa palestino con los nombres hebreos y con los espacios en los que ahora parece no haber nada de lo que antes hubo. Los antiguos nombres palestinos de caminos, pueblos, parques y aldeas han sido reemplazados por nombres hebreos. Aldeas palestinas que antes existían, ya no están. Han sido “tragadas”. Cierra de golpe el mapa de 1948 porque el horror la invade, entiende que la historia es borrada, es también destruida a través del reemplazo de los nombres, a través de los mapas, del desplazamiento forzado y de la limpieza étnica. Lo que ella conocía, ya no está.

Esta realización abona al miedo que envuelve a la narradora, pues nada de lo que ella conocía es ya reconocible y su entorno es cada vez más hostil; al mismo tiempo, la presencia del ocupante se revela en todo aquello que ella no había visto, pues es la primera vez que se aventura afuera de los territorios ocupados. En su entrevista con Fatima Bhutto, Shilbi se refiere a la “indefensión aprendida”, estudiada por investigadores en Israel, y relacionada con los efectos de la ocupación militar. La “indefensión aprendida” se

ha observado en laboratorios mediante un experimento con ratas; se coloca un bloque de queso en el centro de una habitación con un cable eléctrico conectado a él. Cuando una rata se acerca para comer el queso, puede o no recibir una descarga eléctrica. La absolutamente aterradora probabilidad de la descarga eléctrica, inmoviliza a la rata. Esta se deja morir de hambre, a pesar de que el queso está a su alcance, y a pesar de que la descarga eléctrica no se produce todas las veces que lo come.

El miedo paraliza; la amenaza de algo terrible paraliza. Y a pesar de ello, la resistencia se mantiene. El viaje de la narradora en busca de un detalle menor, a pesar de los riesgos que ello conlleva, es una forma de resistencia. El hecho de que Shibli escribiera esta novela en árabe y no en inglés o en cualquier otro idioma —incluso en hebreo, lengua que conoce perfectamente— es una forma de resistencia. La literatura de resistencia palestina ha sido escrita tradicionalmente en árabe, abordando todo tipo de temas como el despojo, la Nakba, la ocupación geográfica y lingüística, la eliminación histórica, la resistencia, la colonización de colonos, pero también es una manera de preservar la historia, la conciencia y la cultura palestinas, a pesar del desplazamiento forzado y el genocidio.

En su entrevista con Mireille Juchau, Shibli dice que sólo escribe ficción en árabe porque el árabe es “una bruja, una bruja increíble, divertida, loca, generosa y comprensiva” que le ha “permitido todo” y que es el espacio de la libertad más íntima que ha experimentado en su vida.

Un detalle menor ganó el Liberarturpreis en 2023 a través de la plataforma en lengua alemana LitProm; sin embargo, la entrega del premio fue cancelada tras el 7 de octubre del mismo año. Más de un millar de profesionales del mundo del libro, incluyendo a Annie Ernaux y Olga Tokarczuk, firmaron un manifiesto exigiendo la entrega del premio.

Adanía Shibli sigue escribiendo y nos dice que “escribir te salva, pero ¿y qué pasa con los demás?” ❧

